

# LOS CUATRO VIENTOS

MADRID

ABRIL, 1933

2

MIGUEL DE UNAMUNO - BENJAMÍN JARNÉS - MANUEL ALTO-  
LAGUIRRE - MARÍA ZAMBRANO - LUIS FELIPE VIVANCO  
LEOPOLDO EULOGIO VIVANCO - LUIS ROSALES - CLAUDIO  
DE LA TORRE - VICENTE ALEIXANDRE - ANTONIO MARI-  
CHALAR - JAIME TORRES BODET - RAINER MARÍA RILKE



# LOS CUATRO VIENTOS

S. Aguirre, impresor.—Alvarez de Castro, 40.—Madrid.

# LOS CUATRO VIENTOS

MADRID

2

ABRIL-1933

*MIGUEL DE UNAMUNO*  
VERSOS

*BENJAMÍN JARNÉS*  
WALKYRIA

*MANUEL ALTOLAGUIRRE*  
LUZ Y AMOR

*MARÍA ZAMBRANO*  
NOSTALGIA DE LA TIERRA

*LUIS FELIPE VIVANCO*  
LA FUERZA DE LOS HOMBRES

*LEOPOLDO EULOGIO PALACIOS*  
CANCIONES ESPIRITUALES

*LUIS ROSALES*  
POEMAS EN SOLEDAD

*CLAUDIO DE LA TORRE*  
CARLOS LUIS ALBERTO

*VICENTE ALEIXANDRE*  
EL SOLITARIO

*ANTONIO MARICHALAR*  
ESPRONCEDA, «BUSCARRUIDOS»

*JAIIME TORRES BODET*  
INTERIOR

*RAINER MARÍA RILKE*  
CARTA A UN JOVEN POETA

## VERSOS

### I

Verde puro, sin azul,  
sin amarillo,  
sin cielo ni tierra, sólo  
verde nativo,  
verde de yerba que sueña,  
verde sencillo,  
verde de conciencia humana  
sobre camino  
sin suelo, orilla ni término,  
verde vacío,  
verde de verdor que pasa,  
de roble altivo,  
para mis ojos sedientos  
abismo místico!

## II

Qué silencio bajo tierra  
al pie del negro ciprés!  
El gemido de las olas  
daba al silencio mudez,  
y tiritaba la yerba,  
qué verdura en desnudez!  
y con rocío marino  
se empañaba la azulez.  
La paz con sus alas muertas  
cubría al mundo otra vez.  
Sombras, íbanse recuerdos  
derritiéndose...

## III

*Et tout tremble, Irun, Coïmbre,  
Santander, Almodovar,  
Sitôt qu'on entend le timbre  
des cymbales de Bivar.*

Avila, Málaga, Cáceres,  
Játiva, Mérida, Córdoba,  
Ciudad Rodrigo, Sepúlveda,  
Ubeda, Arévalo, Frómista,  
Zumárraga, Salamanca,  
Turégano, Zaragoza,  
Lérida, Zamarramala,  
Arramendiaga, Zamora,  
sois nombres de cuerpo entero,



libres, propios, los de nómina,  
el tuétano intraductible  
de nuestra lengua española!

#### IV

Hölderlin, Kleist, Lenau, Nietzsche,  
ay el demonio germánico,  
la locura de la niebla que se deshace al soll  
ay el misterio pánico  
del tímpano arrebatado al Ecuador!

#### V

#### ENTONCES

En aquellas tardes serenas  
del mes de setiembre muriente,  
cuando están las veredas llenas  
de paz de otoño, y en poniente,  
granada de luz, se desgrana  
el sol; cuando el dulce reposo  
olvida esperar la mañana  
y la tierra rojiza es poso  
de celeste visión tranquila  
de estrella que sobre la nube  
está ya al nacer y destila  
su virtud; cuando augusta sube  
resignación de las raíces  
del alma setembrina, cuando

nos vuelven los días felices  
en sombra del otoño blando,  
entonces el haber vivido  
ahoga al mezquino vivir,  
entonces nos ofrece el nido  
que abandonamos, porvenir.

## VI

### TOLEDO

Sueña cómo queda el Tajo  
sin que despiertes, Toledo,  
deja pasar las veladas,  
sigue cunando tu sueño.  
Mira a Florinda la Caba  
perderse en coso de espejos,  
que don Rodrigo en sus ojos  
perdióse y perdió a su pueblo.  
Jeuda Levi! de su llanto  
guardan tus capillas ecos,  
Sión, que diste a marranos  
muzárabe canturreo.  
Sueña con nebradas de ánimas  
en los barrancos del cielo  
al resplandor de relámpagos  
que, Josué, detuvo el Greco,  
y herrín, orín, verdín, tintes  
de solar que roñan tiempos,  
y hollín y ceniza ascética  
te servirán de memento.

En tus mesones Cervantes  
a su sangre dió resuello.  
Las dos cabezas de tu águila  
descabezaban el vuelo.  
Caíste con los Borbones  
en la sima del recuerdo,  
huesa de leyendas mágicas  
de godos y de agarenos.  
Y el imperio de la Muerte  
te dará, imperial Toledo,  
en vida que nunca acabe  
de Dios el último sueño.

## VII

Pretendes desentrañar  
las cosas? Pues desentraña  
las palabras, que el nombrar  
es del existir la entraña.  
Hemos construído el sueño  
del mundo, la creación  
con dichos; sea tu empeño  
rehacer la construcción.  
Si aciertas a Dios a darle  
su nombre propio, le harás  
Dios de veras, y al crearle  
tú mismo te crearás.  
La lección te pongo en verso  
por sujetar su osamenta,  
que el hueso del universo  
sobre compás se sustenta.

## VIII

### AP·HORIS·MOS    HORIZ·ON

Es aforismo de horizonte hermano  
y recorta en redondo el infinito.  
El silencio del cielo soberano  
definese y vaciase en un grito.

## IX

### VISIÓN DE MADRUGADA

Con los labios del agua se besaban  
el Lucero y la rosa;  
en el seno dormido de la charca  
la rosa era una sombra.  
Sombra de luz era el Lucero, el alba  
rompía perezosa;  
el Lucero en la rosa se apagaba.  
Verde y azul coronas.

## X

### BÉCQUER

«Suspirillos germánicos»,  
mote de Núñez de Arce,  
engendraron sollozos  
ibéricos; el aire  
venía del nordeste,

donde a luz larga sale  
por San Juan el sol báltico,  
viejo vikingo andante.  
Sollozó en los olivos  
el rayo de la tarde,  
y recojó Sevilla  
sus hondas soledades,  
de los vándalos árticos  
nostálgicos mensajes.

## XI

Agua que el azul lavaste,  
agua de serenidad,  
agua que lavas el verde,  
agua de conformidad,  
agua que pasó el molino,  
rueda de vuelta a empezar,  
agua llovida del cielo,  
agua de dulce pasar,  
agua que llevas mis sueños  
en tu regazo a la mar,  
agua que pasas soñando,  
tu pasar es tu quedar.

## XII

Lengua de *si* la del Dante,  
francés de *oui*, provenzal de *oc*.  
La del caballero andante,  
la del Cid? Lengua de *no!*

### XIII

Puerta del alba, la aldaba  
junto al pestillo de rosa,  
cielo naciente, pasaba  
la brisa muy despaciosa;  
el sol remoloneando  
se hacía esperar, el día  
se hacía querer tardando,  
y el alba se sonreía.

### XIV

Mi clásica habla romántica,  
mi antigua lengua moderna,  
eres niñez de edad vieja?  
eres vejez de edad niña?  
Vino viejo en odres nuevos?  
No, sino agua de ribera,  
su cauce en el valle verde  
canal que riega a la cepa.  
Voy a crear el pasado;  
mañana que fué no es muerta,  
vuelve mi río a la fuente,  
la creación es eterna.  
El que fuí hace diez siglos  
me está enseñando la lengua  
con que he de hablar a mi pueblo  
cuando otros diez hagan mesta.

## XV

Me destierro a la memoria,  
voy a vivir del recuerdo.  
Buscadme, si me os pierdo,  
en el yermo de la historia,  
que es enfermedad la vida  
y muero viviendo enfermo.  
Me voy, pues, me voy al yermo  
donde la muerte me olvida.  
Y os llevo conmigo, hermanos,  
para poblar mi desierto.  
Cuando me creáis más muerto  
retemblaré en vuestras manos.  
Aquí os dejo mi alma—libro,  
hombre—mundo verdadero.  
Cuando vibres todo entero,  
soy yo, lector, que en ti vibro.

MIGUEL DE UNAMUNO

## WALKYRIA

Asisto a una triste ceremonia: el entierro de un pájaro. Dos necróforos van extrayendo tierra por debajo del cadáver hasta que el menudo cuerpecito se hunda y los necróforos puedan utilizarlo para poner en él sus huevos y alimentar sus larvas. El infeliz gorrion servirá al mismo tiempo de nido y de despensa.

Continuaría aquí, hasta el fin de la maniobra, si una risa burlona no me hubiese ya desbaratado este fúnebre goce; pero alguien, detrás de mí, ha subrayado su presencia impertinente. De seguro es Ruth. Habrá venido por la senda opuesta y se habrá sentado en el único banco disponible, desde el cual pensaba yo asistir al desfile de la mañana. Con aire de falso desdén, vuelvo la cabeza... No es Ruth, y mi desdén se convierte en auténtico. El banco soporta el peso de otra mujer que ahora esconde su cara en un libro, sin duda para que nadie pueda leer en ella. Se ha sentado en un extremo. ¿Espera a alguien? Pues le



estropearé la cita, porque tras una leve inclinación de cabeza, me acomodo—heroicamente—en el mismo banco. También yo tengo mi pantalla: un periódico infantil, *Pinocho*, que leeré con el ceño solemne que suelo utilizar para leer a Séneca. El papel me servirá de tabique aislador; hundiré mis ojos en cualquier página, mientras reservo los demás sentidos para una investigación de este intruso personaje, representante aquí de la aventura. No debo contemplarlo frente a frente; ¿basta con el rabillo izquierdo para valorar su superficie externa? Mientras ella lee su tomito blanco de la *Biblioteca Nelson*, yo me detengo en un rompecabezas que lleva escrito al pie: «¿Dónde está el asesino?» Esto me recuerda el crimen de ayer, en una casucha del arrabal. Una mujer asesinada para robarle mil doscientas treinta pesetas, los ahorros de toda su vida. Sangre, harapos, miseria. ¡Qué horror! Y bajo un ladrillo, el dinero. Y torpeza de la policía, estupidez del primer vecino que acudió... El asesino—¿dónde está el asesino?—no sabía su oficio y dejó huellas por todas partes; seguramente no pudo inspirar nunca el deseo de incluir el asesinato entre las bellas artes... Forma dos diedros. Por aristas, las rodillas y el regazo. Se ha erguido en el asiento, y su espalda, el plano mayor del primer diedro, es perpendicular al banco. El diedro segundo es más perfecto. Todo en ella es fleje de carne sazónada, de color poco definible, porque en él toman parte las dos químicas: orgánica e inorgánica, la naturaleza y la industria. Pero no puedo arrancarme del «lugar del suceso» que ayer vi reproducido en toda

la prensa. ¿Cuándo aprenderán los fotógrafos a situar bien los cadáveres? Debieran hacer estudios preliminares en el cinema. También aprenderían a subrayar los rasgos personales del asesino... ¿Dónde está el asesino?

Algarabía infantil. Como centellas se disparan dos niños contra la desconocida. «¡Herminia! ¡Herminia!» —gritan—. Después, un tercer niño, más menudo, que la institutriz recoge en sus brazos... Pero en seguida advierto que los tres niños enmudecen y se sitúan frente a mí, contemplándome. El pequeño tribunal quiere sin duda juzgarme por delitos de usurpación de edad. Tiene delante un hombre leyendo con toda atención *Pinocho*. ¿Qué diría yo si los viese—el mayor tendrá ocho años—leer a Aristóteles? Por fin el menor se decide a exponer los hechos. Alza su dedo, me somete a la consideración del jurado:

—Mira, Herminia... *Pinocho*.

Enrojezco. La institutriz atiende solícitamente al pequeño fiscal. Los otros dos siguen mirándome, impertérritos. Sé que estoy condenado a perder mi pantalla; me adelanto a los acontecimientos y—gallardamente—les entrego *Pinocho*.

—A ver si encontráis el asesino.

Palmoteando se llevan el periódico. Herminia apenas puede contener la risa. Me susurra un «gracias». Y ya, sin trinchera donde guarecerme, a campo raso, ¿qué estrategia emplear? Neciamente respondo:

—No vale la pena. Ya lo había leído.

Mi tono es tan grave, que provoca en Herminia una definitiva y jocunda explosión. O me contagia su

alborozo o mi postura aquí va siendo difícil. Ella acude a extraerme la serpentina jovial.

—Pero ¿encontró o no encontró el asesino?

Reímos juntos. Mientras, los tres niños, sentados en el césped, contemplan detenidamente los muñecos. Se comienza a definir la situación.

—Le venía siguiendo, porque me había llamado la atención su lectura favorita.

—No es *Pinocho* mi lectura favorita. Estaba muy fatigado, y como no espero triunfar en una lucha cuerpo a cuerpo, lo utilizaba como trinchera.

—Trinchera que se han saltado los niños. Perdón.

Quisiera decirle que también yo soy un niño en vacaciones, pero me parece prematuro revelar estados íntimos. Mi atención busca apoyos más sólidos para no naufragar en la charla. Ahora los niños hacen trizas el periódico y se reparten los papeles de una aventura próxima.

—Tu serías el guardia civil, éste el cajero, yo el ladrón. Esto sería el banco, eso un taxi, aquí estaría la caja.

—¡Yo no querría ser el cajero!

El más pequeño protesta. Sabe que le aguarda un trance muy desairado: pasarse unos minutos con las manos arriba, o tumbarse boca abajo, durante la faena; pero el mayor—que se adjudicó el empleo de héroe—se apoya en la debilidad del que protesta, y le convence. Su deber es ser víctima. Por fin, el rapazuelo se sienta gravemente junto a la ventanilla.

—Yo no sería guardia civil, yo querría ser detective.

—Bien. Escóndete detrás de ese tronco. Eso sería la Dirección de Seguridad.

Los niños van montando exactamente su mundo, ese precioso mundo en subjuntivo que los mayores no debemos profanar, que algunos mayores no comprenden. Apunto la idea a Herminia.

—Nosotros ya no podemos vivir en subjuntivo.

—¿Y lo dice usted, que lee *Pinocho*?

—Una pantalla.

—¿Para no verme o para que yo no le viese? ¿Desdén? ¿Timidez?

Ahora me doy bien cuenta de lo fácil que es confundirlos. La timidez es tan pobre de recursos de acción como fértil en recursos ideales. Pero, a veces, como ahora, es preciso deshacer el equívoco. Confieso:

—Soy un tímido.

—Entonces vive usted más en el pretérito y en el futuro que en el presente. El tímido no sabe qué hacer con el presente. A veces suele decir que no existe, para disimular su torpeza. Y pasa la vida pensando en lo que no hizo, o hizo mal.

—Sí, soy un torpe... Y usted ¿dónde vive?

—En el pluscuampresente.

—Explíqueme ese tiempo. Hoy no doy lecciones, pero puedo recibirlas.

—Es muy sencillo. Se coge el pasado, se extrae de él lo más agradable y se le pone al día. Se coge el futuro, un futuro magnífico, se le hace pasar—como hacen los niños—por un rotundo subjuntivo, y el resultado de la criba se añade a la mezcla. Soy, no lo que

fuí ni lo que seré, sino lo que sería si... lo que hubiera sido si...

—Eso es vivir en falso.

—En pluscuampresente. Toda la existencia intensificada en un hoy.

—Toda en un ¡ay! Porque eso es la extrema inseguridad.

—Y lo único firme. En el río, lo único firme es el agua. Los puentes se están siempre desmoronando, a fuerza de quererlos detener sobre la vida. Nada más necio que querer convertir un río en puente. Es tanto como adquirir una localidad para presenciar el desfile de nosotros mismos.

—Es querer ser.

—Cuanto más somos, menos plenamente vivimos lo que somos.

—¿Estudia Letras?

La pregunta es tan impertinente, que sólo arrancó una sonrisa, probablemente de lástima. Pero en seguida se abre la cancela de una vida incógnita, bien amueblada de recuerdos, y es delicioso asomarse a ella. Como entre brumas, veo surgir el pasado de Herminia, un pasado inconexo, donde flotan anécdotas aisladas sin enlace visible. Quizá todo cuanto pueda darles un sentido se esconde más adentro, en una cámara secreta desde donde—como el capitán en su navío—se dan las órdenes a estos fantasmas de hechos que divagan por la cubierta... Dice que estudió en Berlín. De pronto asoma un pintor sueco... Un enlace y un divorcio. Viene París con su monótono espejismo, con la gloria que se acurruca bajo los asien-

tos de un café. Otro pintor... Y trabajo que se busca, dinero que no se encuentra, energías que se agotan, esperanzas que renacen. Y el providencial americano que abre la cartera sin saber qué compra, el marchante que promete... Noches de pánico ante el hambre que desmorona el espíritu, tanto como el cuerpo. Y el diplomático español que facilita el cambio de clima, que recomienda la casa de un amigo donde hay niños que necesitan institutriz.

—Ahí están. Su padre es ministro. Dicen que muy tonto.

El pintor quedó allí—acaso con otra amante—aguardando siempre... ¿A Herminia? No, aguarda las pequeñas remesas de francos que Herminia va enviándole. Esta Herminia de ojos azules que acude a levantar a los caídos como las antiguas walkyrias... El relato no acaba, las anécdotas se suceden sin enlace alguno. Por encima de todo flota el pelo rubio de la mítica heroína. Ese pintor—algún cínico—hará su exposición, engañará a los pazguatos, a los críticos... ¿Qué importa todo esto, tan trivial, tan lamentable: mujeres, amoríos, envidias de «profesional», ideas de pintor, astucias de marchante, junto a la viva realidad de estos ojos azules que en la hora del combate se inclinan sobre los pobres fracasados?

—Yo lo levanté—dice sonriendo—. Probablemente vive por mí. Me entregué por él...—rectifica, burlesca—. ¡Por el arte!

Poco después, al despedirnos, pregunto a Herminia:

—¿Nos volveremos a ver?

—¿Para qué?

—Quiero que me explique su seductor pluscuam-presente.

Con un gesto señala a los niños, límites aparentes de su campo de acción, y contesta:

—Apenas tengo tiempo... Habría que buscar alguna oportunidad, estar solos, libres. Yo no suelo tener mañanas de vacación, como usted. En las horas libres traduzco. No me paso las horas asomada a mi propia fatiga. Me aburre mucho el espectáculo.

Sólo acierto a contestar:

—Volveré aquí.

—No vuelva. Yo perdería mi colocación, porque los niños lo cuentan todo, y la más leve sospecha de descuido irritaría a sus padres. Telefonee. Escriba. Pero, en fin, eso es cosa de usted.

Me da un número, una dirección, un nombre; me deja también una caliente aceleración en el pulso. Seguida de los niños, desaparece, llevándose la mañana, dejándola exprimida como un limón que ha rezumado ya todo su jugo. Aunque Ruth llegase ahora, prendiendo su júbilo a cada rama, el parque seguiría inexpresivo. La vacación ha terminado. Los niños arrastraron mi conato de infancia. Hoy hubiera querido reducir mi vida a la pura existencia, a la gozosa comprobación de mi existencia, pero una dríada me ha abierto las puertas de la acción, de la aventura. «Eso es cosa de usted». Zumba en mis oídos la invitación. «Es cosa mía». De sobra hicieron con dejarme en el umbral y señalarme los enemigos inmediatos: los niños. Porque los niños me arrebatarán siempre el derecho a convertirme en niño, como los viejos se me ríen cuando

intento pasar por excesivamente maduro para el saber. Unos y otros me sitúan en mi precisa edad, en la que el infantilismo se llama frivolidad y la pretensión de viejo dómine se llama pedantería. Papel difícil. Colocado en medio de la vida, ¿cómo arrostrar los peligros de una extrema responsabilidad? El niño se apoya en su futuro, el viejo en su pasado. ¿Dónde voy yo a apoyarme? Situado en un terrible «pluscuampresente», en la encrucijada vital más angustiosa, sin posible apelación a mi pasado, que apenas existe, ni a mi futuro, que ya debería estar creando, ¿cómo salir del trance?

«Pienso, luego existo. Existo, luego soy feliz...»  
¿Por qué vuelve a mí el viejo estribillo? Pasan árboles, gritos de niños, vendedores de naranjas, parejas de amantes. De pronto siento raptar dentro de mí una angustiosa pregunta: ¿No será la mía una felicidad de anciano, de anciano que juega con abstracciones heladas, para quien la misma existencia es un concepto? ¿Por qué no huír hacia una felicidad en subjuntivo? «Yo sería un muchacho que hoy no tiene colegio, que hoy sólo tiene que aprender de cuanto vivo —hombres y cosas—le rodea». ¡Supremo deleite, salir del primer juego! ¡Que cualquier estímulo me rompa la comunicación con un mundo tan frío, tan duro, donde todo se obstina en convertirse en piedra! ¡Infeliz del parálitico a quien no conmueven unos grandes ojos azules! Porque en ese laboratorio de «problemas abstractos» se simplifica el ser «hasta la tontería». Entre esos cristales narcisistas se desmorona el hombre hasta no quedar de él sino una máquina de pen-



sar que contempla aburridamente su propio mecanismo. ¡Walkyria, mi Walkyria, levántame de entre estos cadáveres de pensamientos, de este campo estéril donde la razón me amenaza con sus últimas flechas! ¡Alzame al mundo de los verdaderos niños, donde todo ocurre como quisiéramos que ocurriese, a ese pluscuampresente adorable donde todos los tiempos se confunden, donde todos los espacios se llenan de cálidas y azules invitaciones a la vida!

BENJAMÍN JARNÉS

## LUZ Y AMOR

### 1

En esta noche negra  
con maldades de fósforo,  
cuando brillan los crímenes  
como peces,  
voy por la vida en una barca,  
voy bajo la muerte, que es mi cielo.  
Me admiro de ser yo  
quien solitario  
grite a los hombres  
la verdad del destino.  
Grito a los hombres plenos  
y a las mujeres huecas,  
les grito que el amor que les confunde  
no debiera romperse.  
Las mujeres se abren para el vicio  
y los hombres ignoran,  
cuando rompen un vientre,  
que están presos.

Las carceleras débiles  
mil veces huecas, huecas, huecas,  
las malditas  
se enseñan y seducen  
traicionando.  
El amor impotente  
contra el placer fugaz  
se rompe el alma.  
Y yo me rompo el alma  
contra los horizontes de la vida.

2

Un reloj inteligente  
mueve en el cielo sus brazos,  
y sus dos flechas cautivas  
descorren celajes blancos  
mostrando glorias posibles  
alrededor de sus ángulos.  
Velocidades de hélices  
enturbian el centro opaco,  
pero claridades lentas  
en los bordes del horario,  
constelaciones y números  
marcan de mi tiempo el paso.

3

Edad del mundo en que los hombres  
nada se deban mutuamente,  
cuando las tiranías sólo sean

contra el mar,  
contra el aire,  
contra el fuego.  
Edad del mundo que se acerca  
de esclavitudes para ríos,  
para montañas,  
para nubes,  
sin que jamás los hombres  
ayuden a los hombres.  
Triste edad que se acerca  
sin sacrificios mutuos,  
sin opresiones,  
sin anhelos.  
Edad de libertades,  
edad de islas todopoderosas,  
sin relaciones,  
sin contactos,  
sin amor ni amistad, sin sufrimiento.  
Paraíso de las soledades.  
En la mano el poder  
de las fuerzas terrenas,  
y en el alma el hastío.  
Ya no podré servirte.  
Ya no tendré ternuras.  
Tú, sin necesitarme.  
¡Qué triste edad de oro  
avanza por el tiempo!  
Edad sin esperanzas,  
sin mercedes, sin dones.  
El mundo dominado,  
la vida sin auxilios,

la muerte inevitable,  
quebrantados los vínculos.  
Prefiero las tormentas  
de arena, lluvia y fuego,  
los temores contigo,  
los naufragios y las inundaciones.  
Prefiero ser esclavo,  
buscarte el alimento,  
luchar contra las fuerzas  
indómitas, vencerme.  
Prefiero hacer por ti lo que no haría,  
ser hombre sin ser Dios,  
ser lo que he sido.

MANUEL ALTOLAGUIRRE

## NOSTALGIA DE LA TIERRA

¡Nostalgia de la más presente, de la que nunca nos falta! La Tierra está ahí, presente en su permanente cita. Pero la habíamos perdido. Camino adentro de la conciencia—terrible devoradora de realidades—, se había, también, disuelto.

Mas ella, fiel a su destino de firmeza, no podía, como la idea de Dios, como la del Mundo, como otras que se escriben con mayúscula, disolverse. Su desaparición llevaba un signo contrario; era petrificación. Y es que, de pronto, se nos había hecho cosa, cosa sustentadora de todas las cosas. No quedaba otro remedio dentro de un mundo compuesto de «estados de conciencia», dentro de un mundo desrealizado, convertido en sensación, representación o imagen, dentro de un mundo que era trozo de mi conciencia.

Y así el ser que la Tierra era se había quedado simplemente en materia. Ser cosa es todavía conservar un grado del ser, es ser algo concreto, limitado y permanente, ya que no personal. La Tierra dejó tam-

bién de ser cosa sustentadora de todas las cosas, para ser algo abstracto, lejano; para ser una gran desilusión: algo material.

La materia ha sido paradójicamente el nombre de la desilusión. Paradójicamente, porque sólo pretendía dar el nombre de una realidad, de un modo del ser; más tarde del único modo del ser. Pero en realidad, la materia era el nombre de la desilusión, era el residuo real, el precipitado que dejaba el mundo al ser disuelto por la conciencia. Dioses, mitos, almas y cuerpos, montañas y ríos, todo, todo se había convertido en contenido de conciencia. Mas la conciencia necesitaba del otro polo, de algo extraño y ajeno a ella, de algo incongruente con ella, para poder sostenerse, para poder seguir en pie devorando el universo; y esto era la materia: nombre de la desilusión producida por encontrar un límite, un tope, al disolvente de la conciencia.

El mundo sensible, el glorioso mundo sensible, ya no existía para nosotros. El grito de Gautier fué, como todos los gritos a la desesperada, una profesión, más que de fe, de última exasperación.

No, el mundo sensible ya no iba a existir ni siquiera para nosotros, mediterráneos. Se había disgregado en fantasma de una parte, y materia por otra. Espectro de sí mismo, vagaba extraño por el mundo interior, por el angustioso mundo interior adonde había ido a parar, prófugo, ajeno, enajenado.

Interiorizado el mundo sensible, hecho espectro, tenía que polarizarse en sensación, es decir: tortura de la inestabilidad, impureza de lo alusivo, peligro del equilibrio, o en razón: quieta, recta y fría razón.

Y esta fué la encrucijada del arte llamado moderno. Del arte, sí, pero más completamente del arte plástico.

¡Ah!, ¿pero es que existía aún el arte plástico? Quizá se trataba nada menos que del comienzo del fin de la pintura. Lo cierto es que, destruidos los mitos, se había quedado sin posibilidades. Y parecía a los ingenuos prisioneros del instante que una perspectiva ilimitada se ofrecía, al vislumbrar estas dos pendientes de disgregación, estas dos consecuencias de la interiorización del mundo sensible: la pintura de fantasmas, la pintura de espectros, que fué el impresionismo; y la pintura de razón, que fué el cubismo. Polarmente opuestos, partían del mismo desventurado origen; nacieron de la desilusión en que los ojos quedaron cuando se les arrebató el mundo de lo sensible.

Al llegar a este punto había que buscar otra vez las cosas, había que echarse al mundo de nuevo, a ver si se encontraban. «Yo no busco, encuentro», ha dicho Picasso, con la aguda conciencia de que el arte venía siendo angustiosa búsqueda. Había que buscar afanosamente entre las ruinas del mundo muerto, de los mitos perdidos para siempre, había que salir de la cárcel de la conciencia, de la oscura trampa donde el pobre mundo se había dejado coger.

El arte se puso en camino. Había que conquistar de nuevo la cosa del mundo, la gravedad de las cosas, que no sólo son espectros coloreados, que no sólo son número y medida, sino también peso, corporeidad, masa que gravita, cuerpo que dice, llora o canta su misterio. *Gravedad y expresión*, dos caracteres pro-



pios del mundo sensible y que juntos vuelven a recomponer la perdida unidad. No más espectros, pero tampoco no más números puestos en pie.

Si la quiebra del impresionismo es la espectralidad, la fantasmagoría—demasiada luz llega a confundir y borrar casi tanto como ninguna—, la quiebra del arte abstracto, cuya técnica todo buen pintor está obligado a saber de memoria, puede ser un formulismo abusivo, la total despersonalización. Un pintor que de modo eficiente fuese total y absolutamente fiel a la cartilla aprendida, llegaría a crear por puro cálculo, a usar de los grotescos recursos creados por una Estética experimental, de una aritmética elemental de la construcción.

Y ya a la conquista del mundo perdido—gravedad, expresión—, surge el expresionismo.

Pero el corte había sido demasiado profundo, demasiado decisivo para de un brinco, asistido de gracia, salvarlo. No, este salto sobre el abismo no era ya posible, tanto más, cuando del otro lado sólo sospechas esperaban, sólo rostros enigmáticos se dejaban entrever.

No era posible aventurarse afuera, pues el afuera, o sea el espacio, se había quedado despoblado, vacío. Espacio geométrico sin misterios, sin secretos donde penetrar, sin sorpresas que esperar y temer. Espacio geométrico, infinito, vacío, *desterrado*.

Se habían perdido las categorías del espacio; grande y pequeño, cerca o lejos, alto, aquí y allá. El espacio no era ningún espacio concreto; por el contrario, huía de toda concreción, de toda sujeción, pre-

tendía ser espacio infinito. Pero el infinito suele ser el nombre de lo que no está ni aquí ni allá, de lo que no está en ninguna parte. Estar en el infinito es estar desterrado.

Nostalgia de la gravedad, de los cuerpos que pesan, nostalgia de la tierra. La gravedad es la raíz de lo que no la tiene y tampoco está hecho para volar, es la fuerza que nos mantiene en contacto con la tierra, pegados a ella, criaturas de su suelo. Es la raíz que, uniéndonos a la tierra, nos permite, elástica y flexible, hasta separarnos momentáneamente, sin sufrir la angustia del destierro.

Un cuerpo que no pesa puede ser un cuerpo glorioso, pero es por contraste, por excepción, junto a los cuerpos que pesan. Así en la *Ascensión*, del Greco.

Mas un recinto, un espacio, dentro del cual los cuerpos han perdido peso, es un mundo diabólico de cuerpos sin raíces, de hombres sin tierra. Espacio inhóspito, inhabitado, deshumanizado.

El arte deshumanizado no es sino el arte desterrado.

Hombre, humano, hace alusión a tierra. El hombre sobre la tierra; fuera de ella deja de serlo para convertirse en ángel o en fantasma.

Angeles y fantasmas, saltimbanquis que juegan a serlo, acróbatas, arlequines; saltos ilusorios sobre la tierra para volver a caer sobre ella pesadamente, sombríamente—los ángeles caídos sufren el castigo de la elefantiasis.

Pero el ángel caído tiene la esperanza de convertirse en hombre, la esperanza y la tortura. Y así nace

el expresionismo. Hay que arribar al mundo de los objetos, de los cuerpos que lloran o cantan su secreto; hay que sorprender de nuevo en la faz luminosa del mundo su eterno secreto.

Pero el expresionismo parte no del objeto, sino de sus raíces en mí; no se sitúa en el objeto ya hecho, terminado, sino más bien en el «fieri», en el objeto haciéndose. Su método es partir de la raíz en mí del objeto, para llegar a él. La realidad es que no llega nunca, se queda en meras relaciones inconexas, en puro grito, sin articular. Llega a disolver la singularidad por excesivo afán de captarla.

Todo lo singular, y ya acabado, está, como tal, separado de nosotros, y al situarse uno ante el objeto en «fieri» se corre el riesgo de no llegar nunca a la cosa acabada, limitada, a su cara que da al mundo.

Camino sin fin, ruta inacabable la del expresionismo. Desde el punto de partida en mí hasta la faz del mundo un proceso infinito se interpone. Último ademán desesperado de un fantasma, de un ángel caído que quiere ser hombre.

Pero el hombre está, vive sobre la tierra. En ciertas épocas se olvida de ello, quiere olvidar esta condición inexorable de su existencia; estar sobre la tierra en tratos con un mundo sensible del que no puede evadirse, tal vez por ventura. Cuando todo ha fallado, cuando todas aquellas realidades firmes que sostenían su vida, han sido disueltas en su conciencia, se han convertido en «estados de alma», la nostalgia de la tierra le avisa de que aún existe algo que no se niega a sostenerle.

MARIA ZAMBRANO

# LA FUERZA DE LOS HOMBRES

## 1

Mirad ese caballo que descansa sobre unas ojeras,  
es una pantalla que ha servido de guía  
hasta hace poco  
a cuerpos moribundos.

El caballo lanzaba su sombra al paso  
borrando lentamente  
las luces puestas por medio  
para hacer temblar  
su grito estirado de confianza.  
Ese caballo que se estiraba  
lanzaba su sombra al trote  
y, ya más de prisa,  
con el aliento y el pellejo reventando,  
se pasaba cuerpo por cuerpo  
a quitar los anuncios caídos.  
Lanzaba su sombra al galope,

y los cuerpos huían unos de otros  
empujando a viva fuerza  
con sus brazos  
los rincones coloreados.

Al paso, al paso, caballo;  
el cuerpo está dentro de sí  
y encuentra que su angustia le burla  
y le salen lágrimas en los ojos.

Al trote, al trote, caballo;  
el cuerpo se ha puesto de pie,  
y recibe una enseñanza y un castigo  
a la par  
al oírte rechinar los dientes.  
Recoge ese cuerpo decidido  
y llévale adonde le tiroteen,  
adonde le pasen ruedas por encima  
y le cuelgen del cuello espejos  
reflejando su acento sombrío.

Al galope, al galope, caballo;  
el cuerpo está fuera de sí  
y es incapaz de tropezar  
dejando señales de amistad  
que se peguen a los ojos cerrados.

El cuerpo, cada vez más pequeño,  
atiende a las punzadas que le guían.

No creáis que el hombre tiene un solo tamaño,  
en el hombre muerto la sombra se asusta y ahonda,  
el fondo de su sombra es variación imperceptible  
y aumentar o disminuir dos ilusiones iguales.

El hombre muerto, que ha quedado indiferente,  
arrastra sus posturas por los suelos,  
no corrige ya  
ni una sola baratija en su pulso.

El hombre muerto empieza a exigir  
que sus obras queden desamparadas como él,  
y aquí está lo grave del caso;  
la obra era casi siempre  
una locura que contaba con la muerte,  
contaba  
con la lejanía de los cielos y de los sueños.

Esos eran los pasos contados de mi locura  
cuando yo vivía aún,  
pero cualquiera cuenta mis pasos ahora.

Ni en el vaivén de mi sombra,  
ni en el olor a sorpresa de mi cuerpo  
se sabe nada del tiempo.  
La sombra era un anticipo variable  
de lo que la conciencia tiene de analfabeta,  
y el cuerpo preparaba sus abrazos escogidos.

Ahora,  
qué desaliento de sombra existe detrás de mí;  
eso lo noto muy bien por sus altas y bajas,  
por sus mordiscos y caricias,  
por sus señales  
sobre la boca cerrada de la tierra.

La tierra sigue con ojos y boca cerrados;  
menuda, menudita, se va apretando  
en el estuche de cada hueso.

Pasan las tierras y los huesos a polvo,  
pasa el polvo a semilla distinta en el aire,  
pasa el aire  
a prueba de giros invisibles sobre mi cabeza;  
pero mi cabeza los ha visto ya,  
y se vuelve  
hacia el dolor inesperado que le entra  
de aguantar las realidades superiores a ella

### 3

Solo estoy entre tanto miedo  
retirado en sombra y espesura,  
esperando mano sobre mano,  
y los ojos quietos y fijos  
que no haya más amores en balde,  
sino costando todos la vida.

Ante este precio de coste  
quedarán unidos

los más ajetreados  
a los más firmes y distantes  
que nada ponen por medio  
sino se van al extremo opuesto  
dejando el itinerario vacío  
de exclamaciones grandes y pequeñas.

Mientras las horas de mi espera  
se afianzan en un palmo de tierra  
pido con insistencia  
que ningún destino o esquema  
sea reflejo de otro  
ni se le parezca  
en poner los mismos ojos en blanco  
o sentir el corazón estigmatizado  
por la misma llaga.

LUIS FELIPE VIVANCO



## CANCIONES ESPIRITUALES

### LA ALABANZA

Estrellas de cristal, plácido viento,  
árboles que al arrullo  
de la noche rozáis mi sentimiento  
con un fugaz murmullo;

nube donde la luna arrebolada  
esparce su relieve,  
absorta luz que invades la llanada  
deshecha en rosa y nieve:

siempre en himno subís hacia la aurora  
del Padre que os hizo,  
pues creó vuestra imagen bullidora  
y su amor satisfizo.

Por eso pregonáis su inmensa frente  
al ostentar sus dones;  
cantáis la Creación resplandeciente  
en renovados sonos.

Mas yo no sé qué hacer de mi albedrío  
ni de mi inteligencia.

—Señor, tu privilegio yace frío,  
no hay voz en mi conciencia.

Van cantando los vientos bullidores;  
la luna en el sendero  
pregona su dulzor entre las flores;  
yo sólo desespéro.

Alza por mí tu voz, Naturaleza,  
que tú me desafías  
a cantar al Señor, y hoy mi flaqueza  
se rinde a tus porfías.

#### LA GRACIA

Serena dulcedumbre de mi gozo,  
quietud humilde y mansa  
donde el inquieto ardor del vivir mozo  
se recluye y descansa;

primavera suavísima, sosiego  
que del presente fluye,  
como río que busca sin apego  
la mar adonde huye;

esta hora de paz, Señor Dios mío,  
¡qué poco merecida  
roza mi baja frente! Mas confío  
a tu bondad mi vida.

Cuando el dolor agita a los mortales,  
cuando les arrebatata  
una sonrisa vil, y buscan males  
en la ambición que mata;

cuando por la ciudad van perseguidos  
del pecado y el mundo,  
tú prestas, Dios eterno, los oídos  
a mi rezar profundo.

¡Qué misteriosa vida se derrama  
por mi leve conciencia,  
en este claro instante en que me llama  
tu voz con insistencia!

¿Por qué la paz viviente me prodiga  
tanto bien, mientras lloran  
en su afán los mortales? No hay quien diga  
lo que todos ignoran.

Antes de que tu ráfaga serena  
me traspasara el pecho,  
yo también me sentía por la pena  
desfallecer deshecho;

y ahora que tu voz mi vida sacia  
y empieza a levantarme,  
quiero estrechar el seno de tu gracia,  
Señor, y abandonarme.

## SEQUEDAD

¡Enciéndete en mi espíritu, fe santa,  
que está mi entendimiento  
cansado de luchar, y mi garganta  
deshízose en el viento!

¡Oh divino Señor! ¡Está sin fuerza  
pensándote la mente!  
¡Que su difusa llama se retuerza  
bajo tu amor potente!

Tú que afirmas los montes en el llano,  
tú que amansas los mares,  
tú puedes dominar mi ser liviano  
y el mar de mis pesares.

Mis ojos desfallecen en la espera,  
y es grande la angostura  
si tu paso celeste no acelera  
su toque de ventura.

Si pienso más en ti pierdo el sentido,  
que estoy de ti sediento,  
y sólo en mi garganta hay un gemido  
para pedirte aliento.

LEOPOLDO EULOGIO PALACIOS

## POEMAS EN SOLEDAD

### EGLOGA DEL SUEÑO

Alto pinar tranquilo de palomas,  
Archipiélago azul—isla de calma  
En el verdor, tan fiel, del aire mudo.  
Dime más alto tu lenguaje, dime,  
Arpón sin vuelo y plenitud de estío,  
Torre de junco, si mi ensueño es río.  
Turbado y siempre has visto  
Las claras aves comulgando a Cristo,  
Ebrias de azul y amanecer de espina.  
¡Ayer de mirto y desatada frente,  
Oblicuo del sentir que las domina!  
Nardo del agua, bergantín del viento,  
¿Quién amante más fino,  
Rendido siempre por sentirte pino?  
Infancia sin fatiga,  
Loca de vuelo, y manantial de espiga.

La paloma, que sabe  
Más femenina ser que cualquier ave,  
Sobre el árbol se posa,  
Sensible al vuelo y azulada en rosa.  
¡Qué viento anclado en mar sueña mi mano!  
Venus del aire y mayoral del grano,  
Doblada en Lunas tu belleza en vilo.  
Tranquilo el vuelo y con razón tranquilo.

Morada de quietud y de reposo,  
Sosegada ventura.  
Aurora boreal de la hermosura.  
Más alto cada vez, más encendido  
Duro diamante del recuerdo ajeno,  
¿Serás al fin segado?  
Mi dulce bien pequeño,  
Cercano al mar para turbar mi sueño.

Musgo de nombres,  
Ancla que ha invertido su vuelo  
Sobre mi cuerpo ungido.  
Soledad, sólo tú completa has sido.  
Sólo tú, clara, definida y sola,  
Inmóvil equilibrio y carne oscura,  
Parto del viento y porvenir de ola.  
¡Qué abandono de paz cierta en el fífo!  
Tranquilo siempre y con razón tranquilo.

## ODA DEL ANSIA

No sólo yo. Silencio.

¡Hay que afirmar el ansia!

Tú sólo, amor, tú sólo, que no pude encontrarme  
Perdido en el metal de palabras sin rumbo  
Y en el árbol sin agua que agoniza en el ojo.  
La mano más pequeña desplegará la honda.  
Amor, tu ayer sin piedras de prodigios tirantes  
Y esta línea de acero que me nutre los sueños.  
¿Dónde el pulso intocado y el impulso sin ruina?  
¿Dónde vibran los cuerpos siempre nuevos al tacto?  
¿Dónde acaban las alas y comienza el presente?  
No sólo yo—Silencio—y alerta, alerta, alerta.

Amor, amor de labios apretados, sin dientes,  
Todo arena de mar y disciplina oculta,  
¿Tendrás sobre mi carne rubores de bautismo  
O enturbiarán mis sienes tus manos de ceniza?  
¿Será una adolescencia de mar? ¿Tendrá una libre  
Movilidad sin norma de ciprés enclaustrado,  
Desplegada obediencia—simplísima—del hombro  
Taciturno de soles y sereno equilibrio?  
¿Será un ojo de buey sólo niebla y ternura,  
Tan henchido de ver, sobre el pasto olvidado,  
Que profundiza en sangre su piscina de estrellas,  
O un ojo de paloma, tiránico en la nieve,  
Inmóvil en el pulso de las renunciaciones,  
Todo ritmo de puentes y porvenir de arroyo?

La tierra, sí, la tierra.

Voy a hablar lentamente

De la rosa desnuda sin poder, del aroma  
De tu fiebre sin nombre en infancias de almendro,  
Del silencio del remo acogido en el agua,  
De enmohecidas veletas con dirección inmóvil  
Y de angustias de largas y azules cabelleras.  
No sólo yo—Silencio—. Como un galgo tendida,  
Mi oración se recorta definida en tu nombre.  
Para el fuego la nube, para el aire la brisa.  
Tú sólo, amor, tú sólo, que te sueño desnudo  
Como un varal de nardos angustiados.

¡Tú sólo

Como un ciervo en mi frente derramada en el agua!  
Ambición de ser mar de las manos viriles.  
Y tú

Siempre en la imagen que agoniza en el ojo  
Con la angustia imposible de la concha en la arena.  
La mano más pequeña desplegará la honda.  
Mis manos son el mar y la brisa y la nube.  
No sólo yo—Silencio—y alerta, alerta, alerta.

LUIS ROSALES



## CARLOS LUIS ALBERTO

Por no sé cuál de las horas del día que iluminan, fugitivamente, nuestros recuerdos más remotos, descubrí hoy la olvidada fisonomía de Carlos Luis Alberto. Nada se pierde definitivamente en la memoria. Aquí está Carlos Luis Alberto, auténtico, naufragado en mi infancia, que viene hoy a visitarme en estas tierras que él nunca conoció, a la otra orilla de sus andanzas y proyectos.

No ha cambiado. Tiene su misma sonrisa, su misma distracción cuando saluda. Dice «¿Cómo estás?» a los árboles del paisaje, aún a las nubes más lejanas. Yo me alegro mucho de volverle a ver como entonces y me quedo esperando que él sepa descubrirme lo que más me halaga. Recita unos versos distraídamente. Tal como yo quería: que aludiera, sin querer, a mi secreto de esta mañana, a este salir tarareando a la calle que me despertó... Se va, se aleja, no mucho. Ya está en la esquina de sus confidencias hablando con un grupo de muchachas. Les dirá seguramente otros

versos. A Carlos Luis Aberto le quiere todo el mundo. En aquel día de veraneo en que se perdió para los demás y en esta tarde de marzo en que vuelve a la tierra para mí, ha sido siempre popular y admirado. Él no lo supo nunca.

Alto, delgado, pálido, buen actor de comedias, asomará seguramente, por muchos años, a todas las ventanas del recuerdo. Sus amigas de entonces dirán siempre a sus maridos: «con Luis no pasó nada». Y los maridos sentirán esa tranquilidad momentánea que que provoca el rencor seguro.

Para mí el paisaje está más claro. Amparador de mis primeras novias—sobrinas, en su mayor parte, de las tuyas—fué siempre un protector. Para mi timidez ante ellas tuvo la frase indiscreta indispensable. Para mis arrebatos precoces de suicida, un consejo a tiempo y, lo que era mejor, sus cigarrillos. Todo esto me parecía a mí entonces necesario: saber fumar y no desesperarse. Hoy tengo que recibirle con los brazos abiertos.

—Luis, yo comprendo que ha llegado el momento de las grandes ocasiones. Yo te he llamado siempre Luis, no para recordarte tu origen modesto, sino porque al elegirlo me parecía utilizar un nombre intacto, fuera de la circulación, defendido en su posición privilegiada por Carlos y Alberto, amigos de todo el mundo, gastados en citas y referencias. Luis, a secas, eras más amigo mío, más desconocido para la posteridad. Pero, sin embargo, hacía tiempo que te debía un homenaje público.

—He pensado en presentarte a mis amigos de

hoy. ¿Qué efecto les causarás? Yo he cambiado, naturalmente. Ya no soy aquel amiguito tuyo aficionado a las bicicletas y, lo que es más grave, ya no me interesan tanto tus probables sobrinas. Tenemos, pues, dos temas menos en común para reanudar nuestra amistad.

Nos queda la poesía. Sigo creyendo en su eficacia, aunque aplicada hoy a los pueblos. La poesía, pues, volverá a unirnos.

En cuanto a ti ¿seguirás con la misma costumbre de no oír cuando se te habla? ¿Usarás el mismo lenguaje impreciso de los distraídos?

Hoy debes tener más de cuarenta años. Pertenece-  
rías a una generación preocupada. Preocupada por todo. Hubo una guerra para los que eran como tú y no veraneaban en playas tan abiertas. Tú te fuiste con las olas del mar y hubo otra cosa que se llamó la ola de la guerra que nos trajo otros cadáveres. Todos los cadáveres que hoy tienen más de cuarenta años. El resto de la generación se compone, piadosamente, de mal heridos.

Tú puedes ser su poeta. Actor de comedias en los albores del siglo, como ya se escribe, nadie más indicado que tú para cantar catástrofes. Ni siquiera tendrías que cambiar de acento. Descreído y romántico nos sirves. La guerra fué la guerra y la paz de hoy para tí sería la misma que entonces tan bien supiste aprovechar. Al margen de la poesía está el dolor humano. Pero esa no fué tu poesía. Al menos la que yo te oí recitar por las esquinas.

¿Y tus trajes, tus maravillosos trajes de fantasía? No he podido contenerme. He ido a tu casa y ya es-

toy de vuelta. Vuelvo confuso. Con esto de dejarte por un momento te he perdido y no podré presentarte esta noche a mis amigos. Sólo me quedan restos dispersos que nadie querrá reconocer. A duras penas yo los acepto como tuyos. No me servirán para la prueba ni tus trajes—tus trajes más gloriosos—que hoy guarda tu madre—único síntoma inequívoco de tu vida—en un armario en sombra.

Los vi uno por uno, ahorcados en sus perchas, con la vida precaria que le daban las manos de tu madre al mostrármelos. Ella rezó el responso: «ya se le han pasado estas tonterías. Hoy es padre de siete hijos y vive en La Coruña».

Ahora trato, en mi casa de siempre, donde yo no he variado, de aclararme unos cuantos problemas. Estos: ¿por que te he vuelto a ver hoy, tal como entonces, en no recuerdo cuál de esas horas del día que iluminan nuestros recuerdos más distantes? ¿Por qué te he visto entrar como una sombra, tal como entran los fantasmas, y hablarme de aquel mar y aquellas olas? ¿Y por qué, sobre todo, supuse yo que habías muerto entonces, ahogado en tu propia poesía, si hoy vives más que nunca junto a otro mar, sin miedo a las olas, dando a la vida lo que nadie sospechaba? Te presentaré a mis amigos, de todos modos, en la primera ocasión. Diré simplemente: «un cadáver en el Noroeste de España. Respira, sin embargo, algunas tardes de marzo».

CLAUDIO DE LA TORRE

## EL SOLITARIO

Una cargazón de menta sobre la espalda, sobre la caída catarata del cielo, no me enseñará afanosamente a buscar ese río último en que refrescar mi garganta.

(Giboso estás tú caminando camino de lo descaminado, esperando que los chopos esbeltos te acaricien la rencorosa memoria, mostrando la plata nueva sin la corteza de ellos, hechos los ojos azules suspiro sin humo que merodee. No, no crezcas doblándote, como una ballesta que atirante la interjección de los dientes ocultos, paladeando la sombra de los pelos caídos sobre el rostro. No ocultes tus malas pasiones mientras buscas la linfa clara, inocente, final, en que bañar tu feo cuerpo).

Aquí hay una sombra verde, aquí yo descansaría si el peso de las reservas a mi espalda no impidiese a la luna salir con gentileza, con aérea esbeltez, para quedar sólo apoyada en una punta, con los brazos exten-

didos sobre la noche. Pero me siento, definitivamente me siento. Alardeo de barbas foscas, y entremezclando mis dedos y mis rencores, evoco el vino rojo que acabo de dejar sobre las pupilas dormidas de una muchacha. He aprovechado su sueño para escaparme de puntillas, presumiendo que la madrugada sería hermosa como un cuerpo desollado con jaspe, vetado de ágatas transitorias. Sólo me ha faltado para que la hora quedase aún más bella hacerle unas estrias con mis uñas. Déjame que me ría sencillamente lo mismo que un cuentakilómetros de alquiler. No quiero especificar la distancia. Pero no puedo por menos de reconocer que mis manos son anchas, grandísimas, y que caben holgadamente cuatro filas de desfilantes. Cuatro, sin recosidos, cintas de carretera. Pero aquí no las hay. Sólo un prado verde recogido sobre sí mismo que me contiene a mí como un lunar impresentable. Soy la mancha deshonesto que no puede enseñarse. Soy ese lunar en ese feo sitio que no se nota bajo las palabras.

(Por eso estás esperando tú que te llegue la hora de sacar la baraja. La hora de observar el brillo aceitado de la luna sobre la cara redonda, cacheteada de un rey arropado. Sobre los terciopelos viejos una corona de lirismo haría el efecto de una melancolía retrasada, de un cuento a la oreja de un anciano sin memoria. Por eso se te ladean las intenciones. Por eso el rey también sabe sesgar su espada de latón y conoce muy bien que las cacerolas no humean bajo sus pies, pero hierven sobre las ascuas, aromando los forros de

guardarropía. Nos cuesta mucho la seriedad de los bigotes y de las barbas trémulas bajo las lunas).

En vista de todo (¡la hora es tan propicia!) haré un solitario olvidándome de mi joroba. Por algo dicen que la noche, cuando está acabándose, besa la espalda apolínea. Por algo me he traído yo esta reserva de sonrisas para saludar los minutos. Haré mi solitario. La baraja está hoy como nunca. ¡Qué flúida y zigzagueante, qué murmuradora, casi musical! Si la beso pareceré un disco de gramófono. Si la acaricio no me podré perdonar una sonata ruidosa, con un surtidor en el centro que caracolee casi en la barbilla. Suspiraré como un fuelle dignísimo. Empezaré mi solitario.

Cuatro reyes, cuatro ases, cuatro sotas hacen la felicidad de una mano, arquean los lomos de las montañas, mientras el sol de papel de plata amenaza con rasgarse sin ruido. Los reyes son esta bondad nativa, conservada en alcohol, que hace que la corona recaiga sobre la oreja mientras el hombro protesta del abrigo de todo, del falso armiño que hace cuadrada la figura. La mejilla vista al microscopio no invita más que a la meditación de los accidentes y al pensamiento de cómo lo esencial está cubierto de púas para los labios de los hijos; de cómo la aspereza de los párpados irrita la esclerótica hasta deformar el mundo, incendiado de rojo, quemándose sin que nadie lo perciba.

Si los reyes soltasen ahora mismo la carcajada yo me sentiría ahora mismo aliviado de mi cargazón indecli-

nable. Y recogería las coronas caídas para echarlas en el hogar que no existe, dulce crepúsculo que dibujaría mi reino con sus lenguas que el cartón alimentaría, apareciendo las palabras que certificarían mi altura, los frutos que están al alcance de la mano.

Pero aduzco mi as—¡qué hacer!—, que antes de caer a tierra, a su sitio, brilla de ópalo turbio, manejando su basto sin asustar a los árboles. Lo pongo sólo para que cumpla su destino. Su verde es antiguo. Se ve que no es que haya retoñado, sino que se quedó así recién nacido, con esa falsa apariencia de juventud, mostrando sus yemas hinchadas en una esterilidad enmascarada. Por más que las mujeres lo besen, esos botones no echarán afirmaciones que se agiten en abanico. De ninguna manera su copa acabará sosteniendo el cielo. Pero tampoco tema la luna que su roma punta pueda herir la susceptibilidad de su superficie. Sepultado bajo la grasa que borra las arrugas y abrillanta su escondida calidad de yesca inusada, el as de bastos rueda por los bolsillos sin poder silbar siquiera, ahogándose en la ronquera opaca que no se percibe, entre las uñas negras de los que murmuran.

Entre todos, finalmente, la señorita, la trémula, la misma, sí, la misma, la insostenible sota nueva, recién venida, que yo manejo y pongo en fila para completar. Finalmente tengo ya mi solitario. He aquí la última figura, que sostiene su pecho con brocados para que las intenciones no rueden hasta el césped y alargen su figura en punta por abajo que se pueda clavar en



la tierra blanca, como un rosal enfermo donde los ojos no acabarían de abrirse nunca, siempre de un rosa inminente bajo su azul empalidecido. El cuello lento no podrá troncharse nunca, por más que los besos le lleguen. ¿Sucumbiré yo mismo? Acaso yo pondré los labios, sin miedo a la espina más honda, sin miedo al fracaso de papel, que es el más barato de todos, el que puede lograrse siempre, sin más que guardarse la carta para lo último. Acaso yo terminaré echándome sobre la tierra y cerrando los ojos, al lado de mi baraja extendida. ¡Oh viento, viento, perdóname estas barbas de hierba, esta húmeda pendiente que como un alud me sube hasta los ojos cerrados! ¡Oh viento, viento, oréame como al heno, písame sin que yo lo note! Bárreme hasta ensalzarme de ventura. ¿Por qué me preguntas en el costado si la muerte es una contracción de la cintura? ¿Por qué tu brazo golpea el suelo como un látigo redondo de carne? Ya los naipes no están. ¡Oh soledad de los músculos! ¡Oh hueso carpetovetónico que se levanta como los anillos de una serpiente monstruosa!

VICENTE ALEIXANDRE

# ESPRONCEDA, "BUSCARRUIDOS"

(PARA UNA MEDIA VIDA DEL SIGLO XIX)

## AQUILÓN

Make me thy lyre, even as the forest is.

SHELLEY.

Anda la noche despabilada. Zumba el viento res-tregando el cielo. El aire corre por los aires y lleva a rastras papeles y luceros. Una estrella perdida rueda por los tejados. La persigue, de uñas, el furor de un gato.

Azota el ventarrón. Las chimeneas se defienden; giran, se bambolean. Esa no puede más: va a soltar el alambre, se va a partir la nuca en las piedras del patio. Las otras chillan y rechinan. Una se ha vuelto loca. Alguien silba que silba. Alguien salta a la comba. Los aleros se cogen de la mano; se miran ateridos. Las tejas andan a trastazos; las hay que se hacen añicos. En la guardilla negra, aúlla, a la sombra, el coco.

Gime cierzo. La persiana, colgada de un madero, pega una vez y otra en los barrotes de hierro. Un esqueleto ahorcado. Cállate. Cómo dan los talones, de cuando en cuando, contra los tiestos. Oye. Ha pegado otra vez. Escucha: un golpe frío. Más bulla en las

alturas. Y, en lo hondo, más silencio. El costillar, estremecido, se tambalea destornillado por el viento. Llamaman a este balcón. Se oye un castañeteo. Luego viene un silencio. La ventolera tira puñados de arenita por los canalones en hueco.

La persiana de enfrente no rechista. Pintada en un balcón fingido, detiene, entre el colorín y la albahaca, a medio desplegar, los pliegues de su tableteo.

Cae el viento, cargado con sus ruidos, y llega hasta un piso bajo de la calle del Lobo, por el embudo negro de la boca del patio. Poco a poco se va agrietando el aire; las tinieblas se largan. Ya amanece. La luz se va filtrando, a gatas, sobre las baldosas desportilladas. Espronceda es, ahora, un chico de negra cabellera, untuosa, desmelenada. Se revuelve en la cama; tiene la boca amarga. Da vueltas sin cerrar el sueño. Pies fríos, turbia sesera. A él también se le han ido metiendo, desde recién nacido, los ruidos dentro de la cabeza y le zumban, ahí dentro, como un moscardón tozudo. Nació mecido por el traqueteo de un carro. Tuvo puericia lívida, desencajada. En torno, el guirigay de una madre cascarrabias y chillona, de un padre con espuelas y charrasco. Y, en la calle, la algarabía del Madrid de entonces, todo hecho de ladridos, de trallazos y de áspero rodar sobre los guijos del empedrado. Con otros mozalbetes Espronceda maneja buscapiés, garbanzos de pega y petardos. Cuando dejan callar los estampidos es para dar la vez a cencerredas y pedreas: con todo esto hará su poesía—*la diadema de piedras de Golconda*—luego.

Se ha dicho de su lírica que «suena a organillo po-

pulachero» (Moreno Villa) y que es «como una plaza de toros muy grande, pero con mucha canalla dentro» (Alberto Lista). Lejos de eliminar el ruido, Espronceda va a hacer con él sus versos, como lo hará el motor del ritmo nuevo.

Grito, barrabasada. Su vida será siempre continuo desbarrar, chinchín y catapumba. Y su lira, horrisono estridor de la carraca, en el agonizante tenebrario.

De chico fué muy díscolo, impertinente, atrabiliario—todo un suprarrealista *avant la lettre*. Blasfemo con Lord Byron, demoníaco a la Baudelaire, y como Musset, pornográfico. Impreca o se hace el tonto. Pero su rebeldía acusa pocas nueces.

*Buscarruidos* le llaman sus amigos: los turbulentos compañeros de *La partida del trueno*, que atan a un calesín los cántaros de cobre vacíos que aguardan al borde de la *Mariblanca*, y hacen un rosario de estrépito al arrancar el carruaje. Son los inspiradores del *Zurriago*, y entran de noche en las iglesias propinando disciplinazos.

Espronceda, muchacho, es un tronera. Va a salir de estampía. A ser siempre una bala perdida. De asonada en motín, le acompañará detonante onomatopeya: se subleva con Chapalangarra, y, poco antes de morir, Valera lo descubre en Carratraca. Le atrae todo lo tétrico y lo macabro: así fragua las soterradas juntas de los Numantinos luctuosos, que entre farolas rojas y negras bayetas, se juramentan embozados, con antifaz al rostro y puñal en la mano. La truculencia es siempre fiel designio: parca expresión y copioso efectismo literario.

Pero, hoy, ha quedado en venir a buscarle su vecinillo Valls, que le trae a Escosura; se han citado en el patio. Pepe Espronceda se subió al tercero, donde habita otro camarada. Y cuando oye la voz de sus amigos, en el patio, recuerda bruscamente la cita, se asoma, dice ¡voo! y, saltando al canalón, se desliza por él, coreado de ojos estupefactos. Ha llegado ya al patio, y en el aire resuena todavía un estruendo temblón y metálico.

(Espronceda será siempre, como es de impetuoso y atolondrado. Mas nunca un romántico. Romántica es la vida: el viento que lo trae y que lo lleva, haciendo resonar, en la oquedad de su interior, la música del ruido, que viene a ser el canto de Espronceda. *Cual tromba que arrebató el huracán*. Así ha de ir, de un sitio para otro; así caerá en brazos de Teresa. Ella sí fué romántica).

Cuando José Espronceda necesita una ruta, para él sólo, se tira de cabeza. La prosa es la escalera, y él, poeta, se lanza a lo largo del canalón del patio, igual que se descolgaría, a lo largo del globo terráqueo, por un meridiano.

ANTONIO MARICHALAR

## INTERIOR

Enrique sufría. Sus padres no podían acostumbrarse a la idea de haberle engendrado. Su ineptitud vital les avergonzaba. Le veían, a la hora del almuerzo, a la de la cena. Después, al quedarse solos, lo confesaban: sí, se les parecía, se les parecía mucho —pero no sabían cómo—. En los ojos de su hijo, secos y frescos, Don Timoteo veía temblar la bondad de los suyos, cariñosos y vegetales. En sus articulaciones calladas, Doña Carlota reconocía la discreción de las suyas, su personal esqueleto.

Pero si había Enrique heredado la manera de ver de su padre—entornando un poco los párpados—, no había heredado su barba, sus cejas espesas, sus bigotes abruptos y duros. Era lampiño. La vejez le aniquilaría por sorpresa, de un solo golpe, como aniquila a los imberbes, a las mujeres. Sólo en efecto a los miembros de una humanidad depilada el deber de luchar diariamente, navaja en mano, contra la desfiguración y la decadencia, no perfecciona en el arte

de envejecer poco a poco, una noche cada mañana. El aire libre, los robles que su selvático padre evocaba con el menor ademán, él no los sugería. Era tímido y limpio. Sin embargo, viéndole a plena luz, junto a la cautelosa Doña Carlota, algo había de torpe en sus movimientos, de mal civilizado en su educación, de campesino y de brusco hasta en su cultura. Le encantaban las aseveraciones rotundas, los nos definitivos. No sabía decir «tal vez». En su alma, como en un bosque, todos los ecos se exageraban. De su madre—además de las articulaciones sumisas y del bien trabado esqueleto—revivían en cambio en su cuerpo los labios finos, pálidos, breves; el entrecejo imperioso, la piel experta, sensible. Como ella, al visitar a un amigo, se fijaba instintivamente en esos detalles (cortinajes discretos, alfombras viejas, silencios embarazosos) que le permitirían alguna vez, en una carta de pésame, aludir con autoridad al pariente muerto o, en un billete de enhorabuena, elogiar con exactitud al recién casado. Y no porque le interesasen sobremanera las otras vidas—la propia le sobraba—, sino porque su imaginación, de instantáneas cortas y sordas, le hacía ver a los hombres como el espectador considera en la escena a los personajes del drama o el escritor analiza en el libro a los héroes de la novela: desde la primera frase lanzados, por voluntad del asunto, hacia la muerte del desenlace infeliz—hacia el altar de las prósperas bodas.

Hasta en los gustos más simples, Enrique prolongaba esas luchas de su familia. Para salir de vacaciones, al llegar la Semana Santa, Don Timoteo propo-

nía siempre algún puerto: Veracruz, Mazatlán, Tampico... Económico y pobre, le seducía el mar, que principia siempre, que regresa siempre. A Doña Carlota—segura de sus rentas, convencida de sus riquezas—la atraían los ríos. A veces, por consideración conyugal a las debilidades de su marido, toleraba las cascadas. Iba a Necaxa. Ahí también, como en Mazatlán o en Veracruz, las aguas regresan. Pero regresan convertidas en luz, en fuerza eléctrica, en voltios. Algunas noches, al acostarse, cuando ya su robusto Don Timoteo comenzaba a flotar sobre el sueño, cerrando el libro de cocina o el anuario cristiano—que no leía—, se levantaba descalza, apagaba las lámparas. El recuerdo de la corriente en que presencié, varios años antes, la transformación de aquel fluido invisible le hacía sentir, por contraste, más silenciosa la sombra. Era como si, a través del conmutador, sin mojarse los dedos, su mano fuese a cortar una catarata lejana. Si Enrique hubiese podido sorprenderla en esos minutos, satisfecha de su malicia, habría aprendido a estimarla como debía: con menos admiración. Esa fiebre de comprender que le inspirara a él en la escuela, clase de Trigonometría, frente a un seno de 15 grados el mudo ardor jubiloso que ya Luciano sentía frente a otros senos, Doña Carlota la utilizaba distintamente. No podía tolerar, por ejemplo, que una persona ignorase sus propios dramas. Si veía a una mujer engañada por su marido, a un enfermo engañado por sus doctores, no se retenía. Un extraño rigor le arrancaba, de pronto, las más atroces revelaciones. La verdad, que su hijo apuraba en cáp-



sulas—fórmulas, fichas, noticias, cédulas de diccionario—, ella, como un aperitivo, la escanciaba en el alma de sus parientes. A su esposo, por supuesto, le duplicaba la dosis. Si envejecía, si uno de sus jefes le saludaba en la calle con displicencia, se detenía para decírselo. Aunque su buen humor—o su buen corazón—quisieran hacerle a él olvidar esa nueva arruga, esa nueva cana, ese desprecio reciente, la perfección de su esposa se lo impedía.

Esa unidad de sí propios que los esposos bien avenidos dan a sus hijos, esa igualdad de los dos costados del cuerpo, de los dos hemisferios del alma, esa concordia sutil de todos los órganos dobles: ojos, pulmones, oídos, con que la herencia duplica los actos del hombre, a Enrique la hostilidad de sus padres se las negaba. Una región de su ser decía siempre que no a los proyectos que la otra admitía. Frente a los ríos, su ojo derecho, fiel a Doña Carlota, tenía que combatir el recuerdo del mar que el izquierdo, por devoción a su padre, le presentaba. Un contenido rencor para las riquezas—tradicción de Don Timoteo—le hacía preferir los zapatos viejos, los sombreros viejos, los semblantes conocidos. Le conmovían, como las cicatrices de un rostro heroico, las arrugas de sus corbatas. Minutos más tarde, frente a su librería, le atormentaba el deseo de releer a Quevedo en una buena edición, de comprar un Shakespeare de lujo. Se volvía a sentir parecido a Doña Carlota. Su prodigalidad inconsciente le convencía... Todo lo que requiere, en el hombre, la colaboración de dos miembros gemelos: la carrera o la natación, el piano, la bi-

cicleta o el baile, le encontraba desprevenido. Triunfaban en cambio en esos deportes que sólo exigen la participación de una mano exacta—el tenis, la poesía—y descollaba en esos concursos para los que únicamente los órganos individuales se adiestran, el pesimismo, el silencio, la bibliomanía, el amor.

Le encantaba el estudio. El Algebra, la Botánica, la Historia misma del Arte son disciplinas del alma a las que cierta duplicidad del alumno no perjudica. Ni el binomio de Newton, ni la clasificación de Linneo, ni la evolución de los arcos de medio punto reclamaron nunca de Enrique una definición de sí mismo. El amor la reclamó. La neutralidad podía ser provechosa para jugar con las ciencias. No lo era para adorar a Piedad. El invisible combate que no libraron sus padres sobre la tierra, iba por fin a efectuarse en la conciencia de Enrique. ¿Quién vencería? ¿La izquierda, aliada de Don Timoteo? ¿La derecha, consagrada a Doña Carlota? Con la izquierda colaboraba el corazón, víscera del futuro. Con la derecha, el apéndice, la glándula hepática. Todo el pasado. El pasado que se extirpa. El pasado que se endurece...

Al describirle a su novia, algunos amigos de Enrique—la conocían perfectamente—habían insistido en explicarle hasta qué punto era intenso el amor que tenía para su madre. Su padre no le importaba. No vivía con ella. No había resistido sino cuatro meses en Hollywood. A los dieciocho, a los trece—¡antes aún: a los cinco!—Piedad había ya definido sus preferencias. La más elemental honradez le obligaba a

imitarla. Tenía que decidirse. Entre la prodigalidad y el ahorro, la exactitud de la capital y la opulencia blanda del campo, la catarata y la playa, la neutralidad no podía prolongarse. Había llegado ese instante—madurez de la juventud—en que es preciso elegir entre Grecia y Roma, entre Calvino y Lutero, entre la música de Wagner y la música de Debussy. Los dioses, las leyendas y los poetas favoritos de uno de sus progenitores iban a desaparecer de su alma. Los substituirían los dioses, las leyendas y los poetas favoritos del otro. Por primera vez, para definirse a sí mismo, para conocerse a sí mismo, Enrique se resolvió a definir a sus padres, a conocerlos. ¿Con cuál de ellos se quedaría?

Se quedó con Don Timoteo. No era posible escoger a Doña Carlota. No era posible amar bajo su tutela, sonreír a su perfección, disgustarse, esperar, morir, al lado de su silencio. Mondar un fruto, beber un vaso de agua se convertían de pronto, frente a sus ojos, en acciones irreparables, profesionales, en actitudes de estatua. El menor albaricoque, la más ligera naranja, si los tocaba su mano volvíanse de granito. El agua menos delgada se congelaba. Piedad comprendería. Mejor así. ¡Que la humildad vegetal de su padre la enterneciese! Para una luna de miel, por minuciosos que sean los novios, el objeto más importante no es el despertador.

Otros se adiestran al matrimonio modificando el color de sus muebles, quitando del comedor una alfombra usada, cambiando la lámpara para el vestíbulo. Enrique no. Su preparación al amor era más labo-

riosa. Consistía, por lo pronto, en substituir un defecto por otro, una virtud por otra, en la historia de su familia. Del estilo vital de sus padres elegía solamente la conyugal deferencia, la delicadeza de esposo que Piedad notaría a primera vista, que reconocería desde luego y por la cual le daría ese beso imprevisto que las mujeres reservan, en una alcoba, para el espejo del armario—porque las hace más altas—y, en un paisaje, en un lago, en un bosque, para el sitio exacto del cielo que perfora el sol al morir... El rincón destinado al capricho lo ocuparían ahora en su cuarto la fuerza, la indiferencia. La minuciosidad y la astucia—dádivas maternas—cederían el sitio a otras dotes, más varoniles: el candor, la confianza, la cortesía. Hasta en el interior de una misma cualidad descubriría ya antagonismos secretos, escisiones recónditas. A la esperanza, compuesto femenino del optimismo, prefería el deseo, su derivado viril. Para opinar, Doña Carlota decía siempre: «yo pienso». Don Timoteo afirmaba: «yo creo». ¿Por qué razón? ¿Acaso en el juicio que el alma se forma de una persona—o de una circunstancia—el pensamiento nace de la mujer, la fe proviene del hombre? Entre uno y otra, Enrique optó por la fe. Era optar por Don Timoteo. Hasta ese día, en la Historia Universal, solamente los hechos le interesaron: el hecho Napoleón, el hecho Netzahualcóyotl, el hecho que se llama «siglo de Pericles», el hecho que se llama «descubrimiento de América». ¡Conflagración de detalles! A Piedad, el interior de esa historia barroca, de esos torneos y de esos viajes examinados al microscopio, tenía que disgustarle. ¡Era

tan fresca, tan limpia! Parecía sin pasado. La convicción que otros ponen en suprimir de su biblioteca un libro galante, de su sala una estampa libertina, le animaba a él a cambiar la biografía de Shelley por la de Stephenson, la de Ulises por la de Lindbergh. Como quien descuelga de la pared, para recibir a una amante, el daguerrotipo borroso de sus abuelos, descolgaba Enrique de su memoria el recuerdo de Trafalgar, el recuerdo de Lepanto—batallas cinceladas, para centros de mesa—, y prescindía de Espartaco, de Julio César: cabezas de granito, bustos de bronce.

Don Timoteo sonreía. La transformación que el amor introduce en algunas almas, desprendiéndolas de las otras, su hijo la soportaba en sí mismo, valientemente, pero en sentido contrario. La pasión se lo devolvía. Es raro, a los veinte años, que un sentimiento no crezca a expensas de otro: la piedad a costa de la firmeza, el rigor al precio de la ternura. Cada virtud que los jóvenes hallan en el fervor de sus novias—generosidad u optimismo—no es, a menudo, sino la ausencia de esos defectos—egoísmo, melancolía—que bruscamente ven en sus padres. Enrique no podría contradecir a los suyos. O, por lo menos, no los podría contradecir a la vez. Eran demasiado diversos. El árbol genealógico de Don Timoteo se hundía profundamente en la Nueva España. Sus abuelos descendían de Francisco Salinas, de Extremadura, venido a América con Mendoza, al mismo tiempo que el Virreinato. Sus antepasados tuvieron fortunas muy diferentes: desde la de Melchor Salinas y Valdearcángel, que la Inquisición condenó en 1715, por libre y suel-

to de lengua, a recorrer la ciudad sin sombrero ni capa, con una soga al cuello y un cirio verde en la mano, hasta la de Juan Salinas y Quintanilla, soldado de la Reforma—sin olvidar, por supuesto, a Cristóbal Salinas Freyre, lugarteniente de Aldama, a quien algunos historiadores incluyen, tal vez por error, entre los fusilados de Monclova. La familia Salinas había crecido así, poco a poco, sobre la historia de México, como una enredadera modesta, pero constante, dando una flor cada vez. No se vió nunca el caso de que una misma generación proporcionara dos Salinas ilustres a la República. Más aún. Para no ejercer un dominio indebido sobre su patria, los Salinas parecían tener cuidado de equilibrar con una generación oscura la notoriedad de sus hombres célebres. Así, por ejemplo, a Francisco Salinas, fundador de la estirpe, sucedió Fernando, de quien se ignora todo, menos el nombre. A Cristóbal Salinas Freyre, el insurgente, defensor de Indaparapeo, sobrevivió el reaccionario Ildefonso Salinas, amigo de Santa Anna. Por último, a Salinas y Quintanilla—partidario de Juárez—, «Salinas el grande», sucedió el modesto Don Timoteo.

Como ocurre a menudo, en el trópico, con ciertas plantas aromáticas, las raíces de Doña Carlota no vivían bajo tierra: flotaban en el aire. Todo es raíz, mejor dicho, para ciertas familias. Nieta de un capitán norteamericano a quien los vencedores del 47 dieron por muerto en la toma de Churubusco, Doña Carlota sentía mejor a México que su esposo, era más mexicana que él, celebraba la patria todos los días. La nacionalidad, para ella, era un culto nuevo. Por mucho

que su marido bajase a las más viejas ramas de su pasado, lo que veía era el mismo horizonte, la misma raza. Doña Carlota, en cambio, no podía agitar el más leve recuerdo de su familia sin tropezar con un rifle, sin mancharse de sangre las manos. Para que ella naciese había sido preciso que México perdiera todo el territorio de Tejas, casi todo el de California. La consolaba, en los momentos de angustia en que lo advertía, la certidumbre de que su abuelo no combatió en Chapultepec. No, por lo menos eso no. Ningún alumno del Colegio Militar había caído bajo sus balas. La confortaba esa idea. Sobre todo los domingos, cuando Enrique iba al bosque. A veces, bajo los ahuehuetes milenarios, se preguntaba a sí misma por qué su abuelo, el alférez Jonathan Taylor, no había elegido para escaparse la batalla indecisa de la Angostura, sino, al contrario, una incuestionable victoria: la batalla de Churubusco. ¿Qué virtud respetó en su país aquel extranjero tranquilo, fiel en las derrotas, evasivo en los triunfos? A los pocos meses de firmarse el tratado de Guadalupe se estableció en Guanajuato, se hizo minero. Las crónicas familiares elogiaban su laconismo, sus limpios ojos azules, su avaricia tenaz, su fervor silencioso en el aguardiente. En 1860, una de sus hijas, Elena Taylor, se casó con Pancracio González, jinete y jugador, personaje de ferias y de «corridos». Doña Carlota, por aquel lado de su ascendencia, comunicaba con dos estampas nacionales: la pelea de gallos y el jaripeo, el caballo y el albur. Tal vez por ese motivo sucedía siempre en su alma, a cada crisis moral, a cada tristeza, un acceso de lujo, un ataque de prodi-

galidad, el deseo de apostar un billete más, un «hidalgo» más a su suerte. Enrique respetaba aquella entereza materna. Imitarla le daba miedo. Antes de obtener una victoria completa sobre sí mismo, antes de declarar su amor a Piedad—como el abuelo Jonathan, en Churubusco—hubiera querido escaparse.

¿De quién?... Tenía—no lo negaba—un alma tímida y tornadiza. Un alma de desertor.

JAIIME TORRES BODET



## CARTA A UN JOVEN POETA

Las «Cartas a un joven poeta», dirigidas por Rainer María Rilke al joven austriaco Franz Xaver Kappus, entre febrero de 1903 y diciembre de 1908, han sido publicadas en 1930 por el *Inselverlag*, de Leipzig.

Borgeby gård, Flådie, Suecia, 12 de agosto 1904.

Voy a dedicarle de nuevo un rato, querido señor Kappus, aunque no podré decirle casi nada que le consuele, y sólo muy poco que le sea útil. Ha tenido usted penas, grandes penas que han ido pasando. Y dice usted que también su tránsito, y el sentirse libre de ellas, le han causado cada vez dolor y perturbación. Pero piense si no habrá sucedido más bien que la tristeza ha penetrado en usted y ha hecho su camino por dentro. Si no ha sucedido que, mientras ha estado triste, algo y aun mucho de usted se ha alterado, y si no ha cambiado en algún punto su ser. Sólo es peligrosa y daña la tristeza que mostramos entre las gentes, para acallarla y aturdira con su ruido; como esas enfermedades que, insuficiente o torpemente tratadas, se ocultan en un principio para rebrotar luego, tras una corta tregua, mucho más terribles, las tristezas que aturdimos se amontonan muy dentro

y son vida no vivida, vida desdeñada y perdida, de la que podemos morir. Si nos fuese posible ver más allá de lo que conocemos, y aun un poco más lejos de lo más lejano de lo que adivinamos, tal vez viniésemos a acoger y soportar con mayor confianza nuestras penas que nuestras alegrías. Pues la tristeza señala el momento en que algo nuevo y desconocido penetra en nosotros; nuestros sentimientos enmudecen retenidos por la sorpresa, se produce como un repliegue, surge un silencio, y lo nuevo, que nadie conoce, ya está allí en medio, callado.

Yo creo que casi todos nuestros estados de tristeza son momentos de ansiedad, en que experimentamos como una parálisis, porque, de pronto, hemos de jado de oír el ruido que hacían al vivir nuestros sentimientos. Lo nuevo ha entrado ya en nosotros y, sin embargo, nos sentimos solos; todo lo que nos es conocido y habitual nos falta en ese instante; estamos sobre un tránsito insostenible, donde no nos podemos tener más tiempo. Por eso, también pasa la tristeza: lo nuevo, recién llegado, se nos ha entrado en el corazón, alcanza la capa más profunda, y ya no está ni allí—ya está en la sangre. Y todo esto nos pasa sin que sepamos que es así. Con facilidad se nos podrá hacer creer que no ha sucedido nada, y lo cierto es que hemos cambiado, como cambia una casa cuando un huésped entra. No sabemos decir quién es el que ha venido, acaso no lo sabremos nunca; pero coinciden muchos signos que indican que de ese modo entra el futuro, para transformarse en nosotros desde mucho antes que se cumpla. Por eso importa tanto

estar solo y estar atento cuando se está triste, pues el instante, en apariencia sin suceso, en que entra en nosotros nuestro futuro, es mucho más auténtica vida que la coyuntura ruidosa en que el futuro, como viniendo de fuera, casualmente se nos realiza. Cuanto más callados y pacientes y dispuestos vivamos nuestra tristeza, más profundo y seguro penetrará lo nuevo, y más fácilmente lo adquiriremos, y se nos convertirá en nuestro destino. Y cuando después algún día nos «suceda» (o sea: cuando salga de nosotros para ir hacia los demás) lo sentiremos transformado y caliente de nuestra intimidad. Lo que necesitamos—y a conseguirlo tiende poco a poco nuestra formación—es que no pueda ocurrirnos nada que nos sea extraño, sino sólo aquello que ya desde hacía tiempo era bien nuestro. Del mismo modo que ha habido que modificar tantas nociones de movimiento, se llegará poco a poco a reconocer que eso que llamamos destino no le viene al hombre desde fuera, sino que emerge de él. Y si muchos no reconocen lo que de ellos brota es porque no reabsorbieron ni transmutaron en sí su destino mientras vivió en ellos; tan extraño les fué entonces, que ahora, confundidos por el pavor, suponen que llega por primera vez y podrían jurar no haber encontrado antes jamás en sí nada de esa suerte. Lo mismo que se han equivocado los hombres durante mucho tiempo sobre el movimiento del sol, siguen equivocándose sobre el movimiento de lo que ocurre. El futuro está quieto, querido señor Kappus, y somos nosotros los que nos movemos en el espacio infinito.

¿Cómo no ha de ser esto doloroso?

Si consideramos de nuevo la soledad, cada vez se hace más claro que no es algo que se puede tomar o dejar. Vivimos solos. Cabe engañarse sobre ello y proceder como si así no fuese: eso es todo. ¡Pero cuánto mejor será saber lo que verdaderamente somos y partir de la conciencia de nuestro estado! Quizá suframos al adquirirla como un vértigo; todos los objetos en que la mirada está habituada a descansar se esfuman, no resta nada próximo, y lo lejano queda infinitamente lejos. Si sacásemos a alguien de pronto de su casa y le pusiéramos, sin aviso y casi sin transición, en la cima de una montaña altísima, le haríamos experimentar algo análogo: una inseguridad absoluta y un indecible abandono de todo el ser casi le aniquilarían. Creería caer, o se figuraría lanzado en el espacio, o saltando en el aire deshecho en mil pedazos; ¡y qué de mentiras no tendría que improvisar su cerebro para alcanzar y aclararse de algún modo la situación de sus sentidos! Así se modifican, para el que llega a saberse solo, todas las distancias y medidas; y es esta brusca mutación la que hace perder el equilibrio a tantos que, como el hombre de la montaña, se llenan de figuraciones extraordinarias y de sentimientos que parecen sobrepasar lo soportable. Pero también es preciso experimentar esto. Debemos aceptar que nuestra existencia no tenga límites; todo, hasta lo más inaudito, ha de caber y ser posible dentro de ella. En definitiva, ésta es la única osadía que se exige de nosotros: conservar el valor ante lo extraordinario, ante lo sorprendente, ante lo incomprensible.

El que los hombres sean tan cobardes en este sentido ha causado enorme daño a la vida. Con un movimiento reflejo de defensa se expulsa de ella todo eso que llamamos «apariciones» y «presentimientos» y, por entero, el llamado «mundo de los espíritus», y a la muerte—todas esas cosas que nos tocan tan de cerca; de modo que los sentidos con que podríamos capturarlas se atrofian y desaparecen. Y no hablemos de Dios. Pero el miedo ante lo misterioso no ha empobrecido sólo la existencia del individuo; también las relaciones de hombre a hombre se han empequeñecido por su culpa, como si del cauce de las posibilidades infinitas hubiesen sido arrojadas a un lugar baldío de la orilla. No sólo la inercia es causante de que las relaciones humanas se repitan una y otra vez con tan terrible monotonía; lo es el pavor que se siente ante lo nuevo e imprevisto, ante todo para lo que se figuran las gentes no estar hechas. Sólo el decidido a todo, aquel que no excluye nada de su existencia, ni siquiera lo más inexplicable, experimentará como algo vivo las relaciones con los otros y vivirá su propia vida del todo, apurándola hasta el fondo. Si nos imaginamos cada existencia humana como un espacio más o menos vasto, así parece como si la mayor parte de los hombres no conociesen sino un rincón de ese ámbito: un sitio junto a la ventana, o una franja por la que van y vienen sin descanso. Así es como conquistan una cierta seguridad. Y, sin embargo, cuánto más humana es aquella peligrosa inseguridad que impulsa a los prisioneros en la narración de Poe a palpar los bultos en sus espantosos calabozos y no per-

manecer ajenos al terror indecible de su presencia. Pero nosotros no somos prisioneros. No hay trampas ni lazos a nuestro lado ni nada que nos pueda espantar y torturar. Estamos puestos en la vida como en el elemento que más corresponde a nuestra naturaleza, y, gracias a una acomodación milenaria, hemos llegado a ser tan semejantes a esa vida que, si permanecemos serenos, apenas nos distinguimos, por un feliz mimetismo, de cuanto nos rodea. No existe ninguna razón para que desconfiemos de nuestro mundo, que no es nuestro enemigo. Sus terrores y sus simas son los nuestros, y si encontramos en él peligros debemos tratar de amarlos. Cuando mantengamos nuestras vidas de acuerdo con aquel principio que nos ordena amar lo difícil y costoso, todo lo que ahora nos parece extraño se nos hará íntimo y fiel. Acordémonos de esos viejos mitos, que ofrecen los comienzos de todos los pueblos, los mitos de los dragones que, en el instante preciso, se transforman en princesas. Acaso todos los dragones de nuestra vida no son sino princesas que sólo esperan a vernos resueltos y serenos. Quizá todo lo que nos espanta no es otra cosa que algo que se siente desamparado y nos pide ayuda.

Pues, entonces, no debe usted asustarse cuando se le ponga delante una tristeza—aun una tristeza tan grande como no la haya conocido nunca todavía. O cuando, como una nube por el sol, una inquietud le cruce por las manos o le atraviese el quehacer. Piense que algo le está ocurriendo entonces, que la vida no le ha olvidado, que le tiene en su mano y no le dejará caer. ¿Por qué quiere apartar de su vida la in-

quietud, la pena, la melancolía, si no sabe de qué modo esos estados operan dentro de usted? ¿Por qué torturarse preguntando de dónde puede venir y adónde va todo ello? Lo que sabe de fijo es que se encuentra en medio de un cambio, y nada deseaba usted tanto como cambiar. Usted conoce que la enfermedad es el medio con que un organismo se libra de lo que le invade; hay, por consiguiente, que ayudarle a estar enfermo, a que estalle y tenga toda su enfermedad, con lo que se sirve a su progreso. Algo así está pasando en usted, querido amigo. Tiene que tener paciencia, como un enfermo, y sentirse lleno de esperanza, como un convaleciente, pues acaso sea ambas cosas a la vez. Y aun más: también es usted el médico que ha de velar sobre sí mismo. Pero en toda enfermedad hay muchos días en que el médico no puede hacer otra cosa que esperar. Y esto es lo que ahora, como médico de sí mismo, debe hacer usted sobre todo.

No se observe demasiado. Ni saque con demasiada ligereza conclusiones a lo que le suceda; deje simplemente que suceda. Si no, llegaría usted fácilmente a llenar de reproches a su pasado (esto es: a considerarle moralmente), a su pasado, copartícipe, naturalmente, de todo cuanto ahora le ocurre. Pero lo efectivo en usted de los errores, los deseos y los sueños de la niñez, no es aquello que puede recordar y condenar. Son tan difíciles y van tan hondos los sucesos de una niñez solitaria, y están abandonados a tantos influjos, y a la vez tan desprendidos de todas las tramas de la vida real, que cuando un vicio parece en-

trar en ella, no debemos darle sin más ni más este nombre. Todo cuidado es poco para con los nombres: muchas veces es sólo el nombre de una culpa lo que destroza una vida, y no el acto innominado y personal que era quizá una necesidad de esa vida, que ella hubiese podido tomar sin quebranto. El esfuerzo le parece a usted tan inmenso porque da excesivo valor a la victoria; pero no es ésta, tal como supone haberla conseguido, lo verdaderamente «grande» que ha logrado usted, aunque acierte en su sentimiento; lo grande era que ya hubiese algo que podía usted poner en lugar de aquella mentira, algo verdadero y real. Sin ello, la misma victoria no significaría otra cosa que una reacción moral, sin demasiado alcance, en vez de ser un pedazo de su vida. De su vida, querido señor Kappus, en la que pienso y por la que hago tantos votos. ¿Recuerda usted cómo esta vida, en su niñez, ha anhelado crecer? Ya ha crecido, y ahora veo yo su ansia por seguir creciendo. Su camino no cesará de ser duro y difícil, pero tampoco cesará su progreso.

Y si aún me quedase por decirle algo, sería esto: no piense usted que el que intenta consolarle anda él mismo sin penas por entre las palabras simples y tenues que a veces le han servido a usted de bien. Su vida conoce mucha dificultad y tristeza y queda bien atrás de usted. Si no fuese así, ¿habría podido encontrar esas palabras?

Suyo,

RAINER MARIA RILKE

(Traducción de EMILIO GÓMEZ ORBANEJA)







# LOS CUATRO VIENTOS

MADRID

JUNIO, 1933

3

VICENTE ALEIXANDRE - JOSÉ BERGAMÍN - LINO  
NOVÁS CALVO - MIGUEL PÉREZ FERRERO  
JORGE GUILLÉN - FEDERICO GARCÍA LORCA